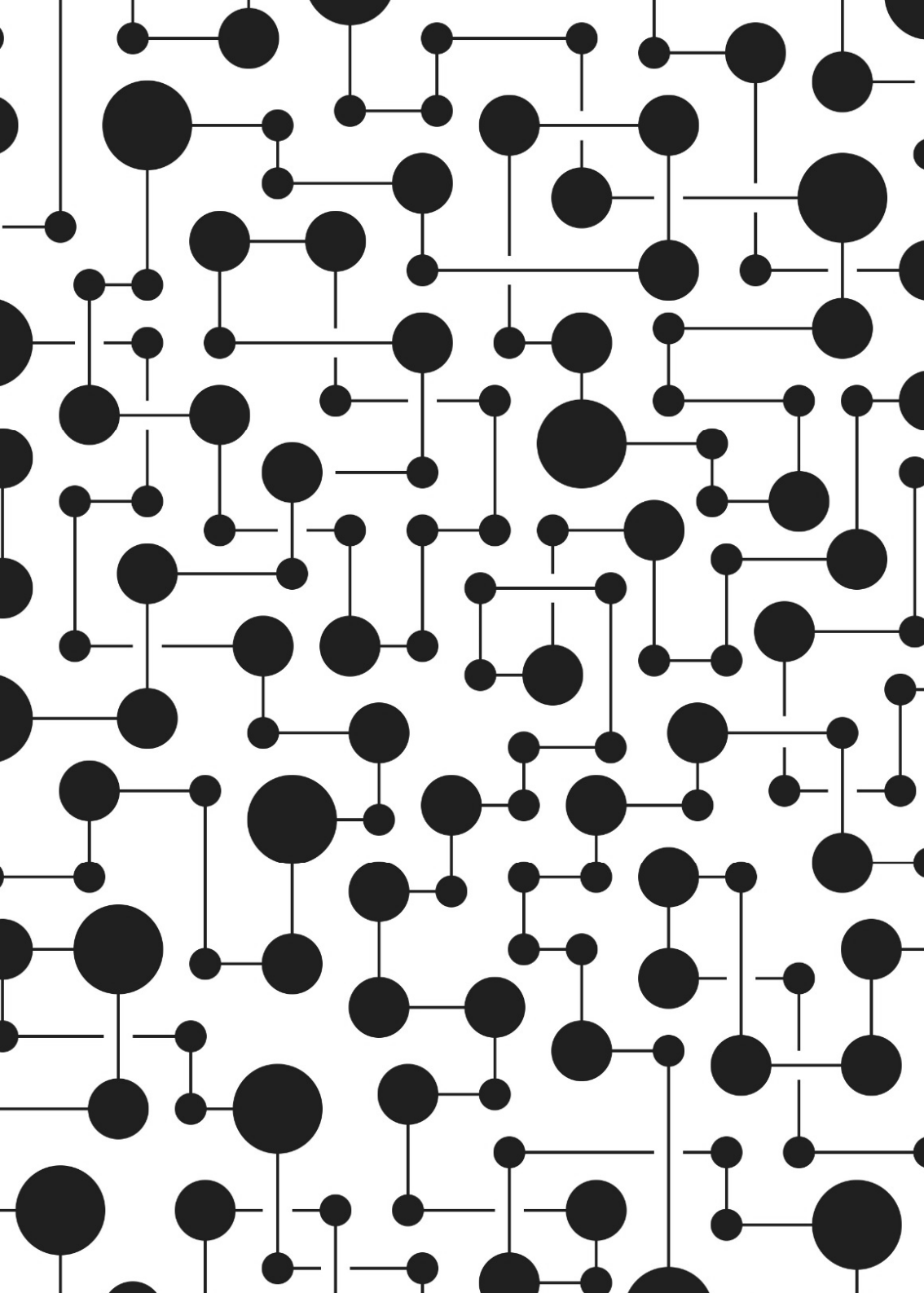
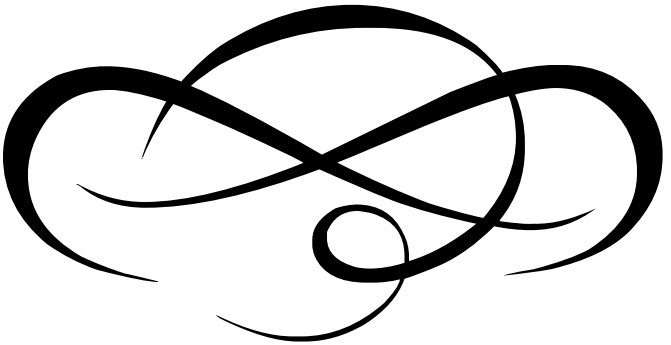


El mañana nunca existe



PUNTO ROJO
libros

El mañana nunca existe

© del texto: Manuela Escobar Reina
© maquetación, portada y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
© de esta edición:
Punto Rojo Libros, S. L., 2016
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla, 41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@puntorojolibros.com
www.puntorojolibros.com

Impreso en España • Unión Europea
Primera edición: julio 2016

ISBN: 9788416799367

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o scanear algún fragmento de esta obra».

A Amparo Dueñas, sin cuyo apoyo
y tesón, este libro no se hubiera escrito.

Manuela Escobar Reina

El mañana nunca existe

Agradecimientos

A mi amiga Amparo Dueñas.
A todos los alumnos, pequeños
y adultos, que han pasado por
mis manos y que tanto me han enseñado
a lo largo de los años. Gracias de corazón.

Allí estaba, bajo los rayos de sol difuminados por los celajes de la tarde de otoño. Su pelo rojo era una antorcha flameando a la leve brisa primaveral. La vio alzar las manos y sujetarse la melena en una cola que afianzó con un pasador.

No sabía si lo había visto, pensaba que no porque en ese caso, habría venido hacia él o le habría hecho algún gesto con la mano.

Pero no. Estaba abstraída mirando el horizonte que la tarde pintaba de colores.

Ignoraba por qué pero le gustaba aquella chica un poco extraña... No, extraña no, mejor diferente; sin saberlo ni hacer bandera de ello ignoraba las tonterías que hacían sus amigas: esas risas escandalosas o esos gritos agudos ante cualquier eventualidad. Ella era silenciosa, callada, serena, seria, aunque siempre había en su boca el esbozo, la promesa, no siempre cumplida, de una sonrisa que debía ser radiante pero que muy pocas veces se hacía realidad. Cuando reía el mundo se iluminaba para Gabriel, llovían estrellas desde el cielo, todo adoptaba un tono cálido y el aire se volvía suave y dulce, aunque antes soplara el vendaval más despiadado.

Pero cuando sonreía, era... no sabía como explicárselo a sí mismo: era como si todo lo bello que existía bajo el sol, se uniera dentro de una burbuja azul y sempiterna que lo rodeaba todo y a él lo engullía, lo envolvía para luego dejarlo tranquilo, feliz, pleno, completo y también desasosegado; porque siempre que estaba con ella se le encogía el estómago y se sentía conmovido, raro, inseguro.

Sus amigos decían que era fea, que no sabían como podía gustarle aquella chica extraña, delgadísima, seria, con los pómulos muy altos y llenos de pecas y que tenía una lengua afilada temida por todos. Pero él pensaba que le tenían miedo porque su mundo estaba muy por encima de todos los demás.

Alma no era fácil. No se dejaba tocar ni, mucho menos besar. Cada intento de acercamiento físico era una pequeña batalla campal, unas veces medio en broma y otras realmente enfadada.

Alguna vez le había robado un beso que resultó acabar en las proximidades de la comisura de su boca apretada en un rictus amargo. Era una joven diferente en todo a las demás. No solo era su pelo rojo, largo y rizado que destacaba como un hachón, ni su piel blanca y suave tachonada por mil pecas color champán; deseaba poder besar todas ellas una a una, empleando en ello la eternidad; quería respirar su suave aroma, sentirla a ella... pero la misión era casi imposible. No sabía por qué, pero Alma

odiaba los contactos personales, al menos eso parecía querer demostrar y era lo que conseguía: que él espaciara los intentos y se revolviera contra sí mismo por no poder dejar de pensar en ella, de recordar lo que había dicho, cómo lo había dicho. Todos los chicos y casi todas las niñas, opinaban que era diferente en sus aficiones, en sus conversaciones, con su terrible timidez, enmascarada por ese carácter agrio que él presentía que no era real.

Sin embargo y al contrario de las otras chicas era capaz de llevar una conversación, los que no podían seguirla eran los demás. Se daban cuenta sin saberlo, que eran inferiores, que no sabían atraer su atención con sus piropos que rayaban en lo obsceno, con sus risotadas a destiempo, ni con sus voces que aún estaban a "medio hacer".

Él sí. Él la admiraba y la comprendía. No siempre podía seguir sus razonamientos ni los conceptos que barajaba pero, si preguntaba ella aclaraba y explicaba lo que antes él parecía no haber entendido y luego lo miraba seria y algunas veces decía concisa: "adiós" y desaparecía calle abajo o tras los árboles del patio del Instituto o se diluía en el aire, al menos eso pensaba él que empezaba a creer que era un hada y no una chica del Instituto como las demás. Porque como las demás desde luego que no era. Además se llamaba Alma y eso parecía: un alma pura llegada de no sabía dónde.

La vio reaparecer de nuevo subiendo a lo lejos los escalones del edificio sin apenas tocar los peldaños, era como si se deslizara sobre ellos. El recreo había terminado y seguro que la sirena de aviso había sonado estridente y desagradable como siempre, ya que todos los chicos se dirigían perezosamente al interior, pero él estaba tan ensimismado mirando a Alma que ni siquiera había oído el áspero ulular.

Tocaba latín. Había elegido letras en contra de la opinión de sus padres que deseaban que siguiera la tradición familiar y fuera, como su abuelo y su padre ingeniero de caminos aunque éste, por avatares del destino, trabajaba en un banco.

Pero él quería ser periodista, recorrer el mundo tras la noticia, experimentar emociones, asistir de cerca a cambios de gobierno, a elecciones... y poder descubrir con sus artículos que estaban amañadas, si es que lo estaban claro. Quería saber todo lo que pasaba, presenciarlo para poder contarlo. Estar presente en el Mundo con mayúsculas, no en este mundo pequeñito y raído de su casa, sus hermanos, del Instituto, los amigos, la última película, el último partido o los aburridos programas de la tele en blanco y negro. Quería, tenía que estar en el mundo, tocando la actualidad, siendo protagonista, pero un protagonista mudo y estático trasmisor de la noticia.

Deseaba conocer pueblos lejanos, extraños y diferentes ya estuvieran en conflicto o no; surcar mares, volar sobre las nubes, hablar con la gente, conocer otras lenguas, otras costumbres, otras culturas y ayudar... No sabía bien a qué, pero quería ayudar.

También quería, pobre soñador, que Alma fuera con él. Sabía que esto era casi imposible... no, imposible del todo. Estaba al corriente de que ella, que hacía ciencias, iba a hacer medicina y conociéndola como él creía conocerla desde la distancia y el silencio, sería médico: seguro.

La voz del profesor comenzó a leer en latín el capítulo correspondiente de La Guerra de las Galias, "De bello Gallico", escrito por el mismísimo Julio César, que lo sacó de su ensimismamiento por Alma para pasar al ídolo romano, al César, a su héroe por antonomasia. Todo a su alrededor dejaba de existir para ver y oír solamente lo que decía el profesor Sr. Cózar cuyo nombre de pila nadie sabía; era simple y eternamente el Sr. Cózar; el hombre sabio, más que alto larguirucho, delgado, de cabello gris y ojos pequeños e inquisidores, que se clavaban en él antes de interrogarle pretendiendo pescarlo en la inopia, pero casi nunca lo conseguía porque para él, César era eso: el César, el general, el dios. Ahora sí se había ensimismado y volvió a lo que el profesor decía en esos momentos: que había que entender el relato de La Guerra de las Galias como la narración subjetiva del escritor y protagonista, no como la obra de un

historiador o un cronista imparcial. No era la biografía de Julio César. Eran unas memorias autocomplacientes. El general romano contaba lo que veía, sí, pero bajo su punto de vista; a veces no contaba exactamente lo que fue sino lo que él, subrayaba con el tono de su voz la palabra él, querría que hubiese sido; aunque siempre sin mentir en cuanto al meollo de la cuestión, al resultado de la hazaña.

A su vez, decía el señor Cózar, se presentaba a sí mismo como un héroe sin tacha, repite su propio nombre continuamente, se recrea a sí mismo como se hace con el personaje de una novela pero, a la vez, cuenta las conquistas de Roma tal como fueron, evitando lo que no se debía saber: las violencias innecesarias, las crueldades, las violaciones, los engaños, las mentiras históricas.

—De los saqueos no hablaremos: —decía en ese momento el profesor—. El saqueo era la parte más importante del salario de los soldados y estaba, no solo permitido, sino que era... obligatorio. —Terminó teatralmente el Sr. Cózar abriendo los brazos y dejando caer en la mesa el libro con un golpe seco. Era su forma de decir: la clase ha terminado.

Gabriel no se mataba a estudiar, desde luego que no; pero con las pocas horas semanales que le dedicaba iba sacando los cursos con soltura y buenas

notas, sin agobiarse nunca; tenía una memoria prodigiosa y acumulaba sin esfuerzo las explicaciones de los profesores.

Además de inteligente era una extraordinaria persona dispuesta a ayudar a los compañeros o a quien necesitase ayuda. Pero eso él aún no lo sabía, porque creía que era algo normal que hacía todo el mundo.

Compadecía al pobre Luis, su inseparable compañero; ¡era tan torpe...! No se enteraba de nada. Tenía que contarle, después de cada clase, lo que había dicho el Sr. Sarmiento, el malhumorado "profe" de Historia, que se extendía siempre en anécdotas, fábulas o chascarrillos que hacían su clase divertida y amena menos para el pobre Luis, que no distinguía lo histórico de lo anecdótico y se formaba unos líos fenomenales. Él le subrayaba lo esencial del tema en el libro y le decía:

—Tú estúdiate esto de memoria y no te preocupes tanto, hombre. Verás como apruebas.

—¿Solo con lo que me subrayas?

—Solo con eso porque es lo esencial. No te pierdas: tú ve a lo esencial y ya verás.

Y el pobre Luis, que lo adoraba, iba aprobando a trancas y barrancas, pero aprobaba.

A Alma la veía poco, no coincidían en las aulas pero la encontraba, la buscaba hasta dar con ella ya

que les era difícil coincidir. Copió el horario de sus clases en la última página del bloc en el que escribía en castellano las hazañas de César, para intentar compaginarlo con el suyo y salir a su encuentro; pocas veces se atrevía a hablarle, aunque ella no lo rehuía, le agradaba hablar con alguien que no se limitaba al fútbol, el baloncesto, las chicas y los chistes verdes. Lo malo era que él no se daba cuenta, no asumía que a ella no le era indiferente, no se daba cuenta y se ponía rojo como una cereza y tartamudeaba y parecía tonto del todo.

Por fin se obligó a coincidir con ella tras finalizar la jornada de clases. Eran las cinco menos cuarto de un precioso día de final de la primavera. Imperceptiblemente, los días empezaban a alargarse; cada vez eran más largas las tardes; el aire olía a flores y los pajarillos se desgañitaban en las ramas floridas de las jacarandas que teñían de azul las ramas aún casi desnudas de hojas verdes y el suelo del paseo que llevaba hasta la carretera donde estaba la parada del autobús.

Llevaba en la parada más de media hora cuando la vio aparecer por el recodo de la calle. Y ¡venía sola! Iba a poder coincidir con ella a solas, porque Alma siempre iba con gente, con mucha y ruidosa gente que él pensaba que no le pegaban nada; pero aquel día venía sola, con un libro y un cuaderno en su mano derecha; tenía que pensar rápidamente qué iba a decirle para que el encuentro no se convirtiera

en un simple saludo y cada uno por su lado. Pero ¿qué decir?

Nada, no tuvo que decir nada porque ella le sonrió al llegar a su altura y le dijo:

—Hola amigo. ¿Esperando el bus? —Y sin dejar tiempo a la respuesta: —Yo también. Creo que vamos a la misma parada ¿no?

—No sé —dijo él con voz de pito. Carraspeó antes de decir con voz más varonil. —¿Dónde te bajas tú?

—En la quinta con séptima.

Y sonrió tanto que parecía que se iba a echar a reír de él porque en realidad había puesto una cara como si se hubiera encontrado a un extraterrestre. ¿La quinta con la que fuera? ¿No era lo que decían en las pelis que se desarrollaban en Nueva York?

"Se está riendo de mí en mis propias narices". Pensó sintiéndose humillado, enfadado, ofendido, no encontraba otros adjetivos que calificaran bien su estado de ánimo y estaba seguro de que lo reflejó en su rostro congestionado; sentía que su figura se iba encogiendo lentamente, haciéndose pequeñita e insignificante al lado de Alma con sus piernas larguísimas, la melena roja al viento, su aroma inconfundible a... ¿a qué? A colonia no era, ¡a hierba recién segada!

Sus ojos verdes o azules, no sabía bien porque cambiaban de color aquellos faros de su alma, reflejaron extrañeza:

—¿No te habrás enfadado? Porque es lo que digo siempre, pero no para reírme de nadie, es una tontería, una muletilla sin gracia por lo que veo. Perdona hombre, no era mi intención.

De golpe la sangre que se concentraba toda ella en la cabeza de Gabriel, recuperó sus venas y arterias para recorrer los lugares habituales y devolver el color a sus mejillas que estaban un poco pálidas por el cambio brusco de velocidad y recorrido sanguíneo.

—Bah, no me he molestado, imposible molestarme contigo. Me ha gustado que me embromes, eres muy... ingeniosa.

"Tenía que haberme callado, pensó. Mi madre me lo dice siempre: la mejor palabra es la que no se dice" y recuperando una relativa compostura dijo en voz alta y con naturalidad que esta vez le salió bien:

—Además mujer, ¿cómo voy a enfadarme en esta tarde tan preciosa y con una chica tan guapa como tú? eso sería imposible. —Parecía que recobraba su habitual aplomo— Repito: ¿en qué parada te bajas?

Ella lo miraba sonriente. Un hoyuelo se le dibujaba juguetón junto a la comisura de la boca. Mientras él se perdía en el pozo sin fondo del hoyuelo de

Alma, esta dijo el número de la parada a la que se dirigía, pero él ni lo oyó ni le importaba, iría con ella hasta la parada del mismísimo infierno si era necesario.

—¡Qué casualidad! Dos paradas antes que yo. —Improvisó.

—¡Pues sí que vives lejos del Insti!

—Un paseo —dijo él despreocupado aunque no tenía ni idea de donde estaba aquel barrio, calle o lo que fuera.

No le importaba con tal de estar a su lado. El autobús traqueteaba y la barra a la que ambos se asían le ofreció la oportunidad de rozar sus dedos que estaban frescos y suaves como pétalos... Menuda cursilería, pensó. Pero es que era verdad: "suaves y frescos como pétalos".

Con la tontería de los dedos y los pétalos no había oído lo que ella le decía.

—Perdona, ¿qué me decías?

Y entablaron una conversación que luego no pudo recordar. Todo lo que ella decía le parecía maravilloso, su risa era la sonata de algún músico del siglo XVII, los ademanes de sus manos una danza de ballet. De pronto se relajó. Estaba a gusto sentado junto a ella en los duros y pegajosos asientos del autobús que se habían quedado libres. Los dos se reían al unísono, los dos opinaban lo mismo de la última

película que habían visto, los dos querían leer la misma novela. Pero de repente, tras una sacudida y un frenazo que los hizo rebotar uno contra el otro, ella dijo:

—Esta es mi parada. A ver si nos vemos.

Y él corroboró:

—Mañana en el mismo sitio y a la misma hora.

Pero no pudo continuar. Ella, ya dispuesta a bajarse, dijo:

—No. Mañana tengo prácticas de laboratorio y no sé a qué hora terminaremos pero ya nos veremos. Adiós.

Y se fue. Se fue como había llegado: sin prisas, sin aviso, sin percatarse de que lo había citado para mañana pero que no se sabía qué mañana era y que mientras, él caminaría por su pequeña vida cotidiana perdido, solo y desazonado.

Los pájaros habían enmudecido ante su marcha, pensó; aunque tuvo que reconocer que se habían callado porque ya era de noche. El autobús, que olía fatal, se quedó casi vacío. Los árboles habían desaparecido y en su lugar había unas farolas que dejaban caer una luz espectral, fría, helada, gris y amarillenta a la vez.

¿Dónde estaba? Ni idea. Preguntó al conductor que se asombró de que no lo supiera y de que estu-

viera tan lejos de su ruta; No, es que había acompañado a una amiga... pero ahora, tuvo que reconocer en voz alta que no sabía volver. El chófer le indico los tres autobuses, ¿tres? , que tenía que tomar para ir a su casa. Allí, casi dos horas después de haber salido del Instituto, tuvo que mentir. Debió hacerlo bien porque no pusieron cara rara ni lo acosaron a preguntas; después, no recordaba qué mentira había dicho.

Los días siguieron trascurriendo lentos, cálidos, suavemente agradables aunque se aproximaban los exámenes finales. Sus encuentros con Alma, aunque poco frecuentes, eran la finalidad de su vida; hablaban de todo y él, cuando salían a la misma hora, la acompañaba en el autobús hasta la lejana parada donde vivía, para volver tarde a su casa, pero ya estaban acostumbrándose a que algunos días llegara tan tarde.

Continuaba empapándose de historia, de latín, de guerras crueles y lejanas, de literatura, de geografía; almacenando nombres y fechas, viviendo aventuras que no lo eran, porque aún no había entendido ni nadie se lo hizo ver, que las guerras no son aventuras, sino una terrible desgracia que le acontecía a la humanidad continuamente, solo tenían los hombres que extender un dedo invisible para que saltara todo por los aires y estallara uno de los siete jinetes del Apocalipsis: la Guerra.

Pero eso él aún no lo sabía.

Continuaba viviendo los avatares del César que seguía conquistando Francia poco a poco y "heroicamente".

La Geografía era otra de sus asignaturas preferidas; lo hacía recorrer la intrincada selva amazónica y su peligrosa fauna; los elevados picos de los Alpes y sobretodo la mole inalcanzable del Everest sobresaliendo de la magnífica cordillera del Himalaya. Soñaba con hacerse alpinista y escalar el techo del mundo, para volver cansado, trayendo la documentación necesaria para unos artículos que le valdrían el Premio Pulitzer de Periodismo, por lo menos. ¿Le daban los americanos a los españoles ese preciado premio? No importaba ¡ganaría el Luca de Tena que era español! Ya tenía totalmente claro lo que quería ser.

En Literatura se asombraba ante la vida y sobre todo ante la obra del joven poeta francés Rimbaud (¡galo, como las guerras del César!) que lo sorprendía con su vida de crápula romántico, harto de ajenjo (que él no sabía de qué bebida se trataba, lo buscaría en la enciclopedia, aunque siempre se le olvidaba hacerlo, pero una bebida era seguro) y hasta arriba de hachís, para pasar a la inmortalidad por sus poemas escritos en cuatro años: desde los 16 a los 20, edad con la que abandonó la literatura para convertirse en traficante de armas, de esclavos y de lo que

se presentase y morirse de asco 16 años más tarde, antes de cumplir los 37, sin haber vuelto a escribir nada. Era apasionante, a pesar de que no le gustaba mucho la Literatura, pero elegir Letras tenía eso, que esta era otra de las asignaturas más importantes.

D. Francisco les decía que las acciones de los hombres no tienen explicación. Que seguramente Rimbaud, de haber continuado escribiendo, no habría avanzado en su obra, habría malgastado ese descontento vital que era el leitmotiv que plasmó en sus poemas y que lo hizo famoso.

—Y, —añadió después de mirarlos socarronamente por encima de las gafas— ¿o no...? —Hizo un silencio teatral con todos los alumnos pendientes de sus labios que esbozaban una sonrisa socarrona—. Nunca podremos saberlo y eso también es parte de la obra de Rimbaud: su ambigüedad tanto sexual como de su vida literaria.

¡Qué tío D. Francisco! Gabriel pensaba que era una lástima que no le gustara mucho la Literatura, porque el profe era cojonudo; decía que Rimbaud era marica y se quedaba tan fresco... a otro lo hubieran llevado de momento al cuartelillo de la Guardia Civil.

Las dos guerras mundiales lo traían de cabeza: fechas, nombres, lugares, excusas para matarse mutuamente, para aniquilar pueblos y culturas como casi pasa con los judíos.

Definitivamente estaba seguro de que el ser humano estaba loco y era malvado por naturaleza. Pero en el segundo trimestre apareció en su vida, en esa parte de vida que solo Alma habitaba, una nueva profesora: la señorita Montserrat.

Era bastante mayor, al menos a él a sus 16 años se lo parecía; delgada, alta, de edad indefinida y aspecto juvenil. Tenía el cabello muy negro, posiblemente teñido y la tez blanca donde destacaba su boca grande de labios gruesos pintados de rojo.

Vestía túnicas ligeras y vaporosas, estrechamente anudadas a su cintura y al caminar parecía que se deslizaba a pocos centímetros del suelo; él la adoraba, a kilómetros de distancia de lo que adoraba a Alma, pero la adoraba, no podía evitarlo y se preguntaba si estaría engañando a Alma. Aunque de inmediato llegó a la conclusión de que no. Alma era eso: su alma y no podría vivir sin ella.

Pero la seño Montserrat era un ángel tocando el piano, contando las vidas de los compositores románticos, interpretando a Chopin. Se había apuntado voluntariamente, (su madre casi se desmaya cuando lo dijo en casa) a las clases de música que subían la nota de Arte y Plástica porque también se había matriculado Alma a la que aquel día hacía cuatro días y cuarenta y tres horas había conseguido besar, aunque aún le pareciera mentira.

Fue a la salida de música. Se había colocado, contra su costumbre, en el último banco, para poder seguirla de cerca cuando saliese disparada al final de la clase como acostumbraba.

La alcanzó en la puerta de la biblioteca.

—¿Vas a estudiar un rato? —ella lo miró extrañada, abriendo mucho sus bellos ojos verde oscuro.

—Sí, tengo unos apuntes de Rimbaud que quiero pasar a limpio. ¿Tú te vas a casa?

No, iría donde fuera, pero con ella. Y entraron juntos en la biblioteca que, a aquellas horas de la tarde estaba casi vacía. Cada uno sacó sus cuadernos y libros y se pusieron a sacar los apuntes que necesitaban.

El trabajo no le cundió nada a Gabriel; no tenía la cabeza en el tema de literatura sino en lo que iba a hacer... a intentar hacer, cuando la acompañara a casa.

Pero el tiempo no corría, la hora y cuarto por el reloj que estuvo haciendo como que estudiaba pendiente de Alma que trabajaba tranquila sobre sus notas, se le hizo eterna. Al fin ella empezó a recoger sus cosas y anduvo hacia la puerta lentamente, mientras él empujaba sus cosas en la cartera sin orden ni concierto.

Salieron juntos. La noche se echaba encima a pesar de que solo eran las seis y media de la tarde.

Esperaron detrás de la parada del autobús resguardados del viento helado que soplaba.

—Hace frío —dijo ella subiéndose el cuello de la trenca y calándose la capucha; él le ayudó y cuando se volvió, la sujetó con suavidad por los hombros y la besó muy lentamente en la boca, sin que ella hiciera ningún amago de darle una bofetada. La separó de sí sonriendo y le dijo bajito:

—Eres lo más bonito que me ha pasado nunca Alma. Eres mi alma, mi fuerza, mi...

—¡Pero bueno! ¿Es que te has creído que puedes besarme cuando se te antoje?

La miró con miedo a que saliera corriendo y lo dejase allí.

—No, porque si lo hiciera cuando se me antojase estaría todo el día y toda la noche besándote sin parar y anda, que viene el autobús.

—Ni se te ocurra repetir esta... actitud —terminó acalorada.

Y subieron al autobús. Gabriel no cabía en sí mismo pensando que la había besado y ella... ¡lo había consentido! A pesar de lo que dijera, lo había consentido. Pensaba que las clases de música de la señorita Montserrat lo habían inspirado y dado la fuerza suficiente para atreverse a besarla; era mucha mujer la señorita Montserrat a pesar de que nunca ponía notas ni hacía exámenes. Decía que la

música no era una asignatura. La música era una manera de ver la vida, de disfrutarla, de amarla: una forma de vivir. Era un idioma que todos podían entender pero que, el que no lo hacía, además de perderse uno de los mayores placeres de los que se podía disfrutar, nunca llegaría a ser feliz del todo porque le faltaría ella: la Música.

Y eso a Gabriel lo encandiló de tal forma que de no estar tan loco por Alma, se hubiera enamorado como lo que era: un colegial, de la Señorita Montserrat.

No lo sabía, pero se comportaba como todos los chicos de su edad y de su época. Era uno más; tan atolondrado, inconsciente, visceral, vocinglero, escandaloso, romántico y tremendamente suspicaz, como todos sus amigos y compañeros, menos Luis que estaba el pobre todo el día sufriendo por las notas y no pensaba en las niñas... al menos eso creían los demás; esa era otra de sus dudas, de sus flaquezas, de sus sufrimientos.

La señorita Montserrat no hacía ascos a la música actual, si no se abusaba demasiado del heavy metal y se declaraba seguidora incondicional de Camarón de la Isla que empezaba a despuntar.

La gente alucinaba con ella. Les ponía audiciones de ópera señalándoles los momentos más importantes después de contarles la historia que narraba y el momento del aria que escuchaban. Al principio del trimestre aquello fue un fracaso total pero, como

ella decía: “la Música amansa a las fieras”. No tardaron los alumnos en escuchar lo que ella les ofrecía, al principio no en completo silencio pero sí mandados callar por algunos compañeros. El éxito indiscutible llegó con el aria *Un bel di vedremo* de la ópera Madame Butterfly de Giacomo Puccini. La clase comenzó a rebullir y resoplar cuando la señorita Montserrat anunció lo que iban a oír.

—¡Menudo rollo seño!

—Hombre seño…

—Soy mujer, no hombre. —Dijo ella riendo con aquella su risa fácil y escandalosa, echando atrás la cabeza y moviendo el pelo como una ola, que era por cierto, una canción de Rocío Jurado que habían oído en la clase anterior y que a Gabriel le impactó mucho al ver lo bien que los autores expresaban el amor que era en realidad como una ola que te arrasa con “fuerza desmedida”.

La clase de la que él se había ausentado mentalmente un rato con Rocío Jurado y la ola, alborotaba, opinaba, no se oían unos a otros hasta que Roberto el portero del equipo de fútbol del colegio los mandó callar y exigió que se oyese en silencio esa “canción”.

—Muy bien pero antes os voy a contar de qué va el tema o no entenderéis nada.

Y lo hizo:

—El teniente Pinkerton, de la armada de los Estados Unidos, desembarca en Nagasaki.

Un chico menudo, al que llamaban "fideo", muy empollón y que siempre salía "por la vía de Tarifa" dijo con su voz sin hacer todavía:

—Seño, eso está en Japón. ¿A que sí?

Los demás se reían sin saber por qué como casi siempre.

—Sí, muy bien en Geografía Leo. Pues como os decía, Pinkerton se enamora de una joven japonesa, Cio-Cio-San, a la que todos llaman Butterfly, que quiere decir mariposa en inglés, como ya sabéis o debíais saber. Compra una casa en la colina más elevada de la isla y hace creer a la joven que, en una ceremonia engañosa, la ha hecho su esposa para siempre.Su barco se hace de nuevo a la mar con él a bordo y Butterfly queda sola con su fiel criada y esperando el que sería su único hijo. Finalmente, tras larguísima espera, cuando el niño tiene ya cuatro años y nadie, salvo Butterfly, espera el regreso de Pinkerton, el marino vuelve; es su barco el que ve desde la colina. Entonces ella canta "*Un bel di vedremo"* Un día bello veremos... el aria que vamos a escuchar. Pinkerton viene con su esposa americana y presiona a Butterfly para que le deje llevarse al niño. Es como si le arrancasen la piel pero ella accede, por la mejor vida de su hijo. Al final de la explicación se oyeron algunos pitos.

—¡¡Vaya rollo seño!!

—¡¡Qué cursilada!!

Gabriel veía que la señorita Montserrat se estaba acalorando y no quería que pasara un mal rato, aunque desde luego aquello tenía toda la pinta de ser un rollo.

—¡¡¡Tíos, tíos!!! Venga, vamos a oírlo y luego opinamos. —Era Roberto, el portero.

La música empezó a deslizarse entre los bancos, sobre los cuerpos jóvenes, en ebullición, acalorados, predispuestos a ir en contra de lo que fuera.

La voz de Maria Callas se elevó como un hilo de humo lejano. La seño señalaba con el puntero cada frase que cantaba. Las voces se fueron acallando. Los chicos se sentaron. La música, la voz inmensurable de Callas llenaba el aula. Desde las paredes miraban Puccini, Mozart, Freddy Mercury, Beethoven y El Camarón.

La seño observaba a las chicas que tenían los ojos brillantes, no de lágrimas, no habían llegado a eso aún, los muchachos se miraban y se daban codazos haciendo muecas, no fueran a creer los demás que les gustaba. Pero la voz de la soprano, la música en estado puro del compositor les había llegado, según veía la seño con satisfacción.

Cuando el aria terminó la profesora no dejó que los alumnos reaccionaran, les contó el triste final de

la frágil mariposa. El silencio era casi unánime, algunos chicos chistaban a los que querían hacer alguna mofa.

—Bien: esto es la ópera. Casi todas son tristes, de afligidos amores, de finales tremendos como el de Butterfly; siempre tratan relaciones extremas, difíciles, dolientes. —nadie rompió el silencio—. No tiene que gustar a todos. Pero hay que conocerla para saber que existe y decidir si gusta o no. La próxima semana hablaremos de El Camarón de la Isla. La clase había terminado.

La gente berreó ante el nombre de Camarón, la seño Montserrat no sabía si era a favor o en contra de Camarón o de Butterfly y Gabriel empujó a codazo limpio a todo el que tenía delante para poder acercarse a Alma, que había salido de las primeras.

La alcanzó casi en la parada del bus.

—¿Qué? ¿Te ha gustado la clase de hoy? —Sabía que las clases de música eran de sus favoritas; pero quería saber qué pensaba ella para estar a su altura.

—No sé si me gusta —dijo en voz baja— Aún no la he... digerido. —Dijo él triunfante.

—Eso es. ¿Te ha pasado a ti lo mismo? —Y abrió unos ojos como soles, preciosos espejos en los que se miró descubriendo su propia cara diminuta reflejada en ellos.

—No estoy muy seguro, pero era... —buscó la palabra— diferente y relajante pero a la vez era muy triste. No sé.

—Qué bien lo has descrito.

Y ella añadió que sentía lo mismo y Gabriel casi se desmaya de gusto. Caminaron en silencio hasta la parada y subieron, como cada tarde, juntos al autobús.

Las tardes empezaban a alargarse. El invierno se había ido prolongando y el frío había hecho mella en los proyectos al aire libre que Gabriel anotaba en su mente; A pesar de que la primavera ya calentaba y perfumaba el ambiente, no dejaba de sentir los pies helados y como decía su madre, la cabeza caliente. No podía dejar de pensar que el curso se acababa.

El Instituto había quedado atrás. Sus buenas notas lo habían hecho sentirse fuerte ante el futuro, frente al futuro de sus estudios, porque en cuanto al amor desmedido que sentía por Alma, ni quedaba atrás ni adelantaba un centímetro. Ella siempre había tenido las cosas muy claras: iba a ser médico y especializarse en enfermedades tropicales. Eso significaba que estudiaba en su facultad, al otro lado de la ciudad; esta parte la tenía superada y aceptada, pero la vida no terminaba en la Universidad. Ella se iría, estaba muy segura de lo que quería hacer desde antes de conocerlo a él: se iría a África, le

daba lo mismo el país, se iría allí donde más falta hiciera.

También él, en medio de su caos existencial, tenía seguro que iba a terminar la hasta ahora su exitosa carrera de periodista. Continuaba estudiando en su ciudad, Madrid, que era por lo visto la facultad más prestigiosa. Sabía que hacer una carrera era adquirir conocimientos, superar unos exámenes y esperar que saliera "algo".

Soñaba con escribir los titulares de primera página de un prestigioso diario, daba igual cual porque estaba seguro de que a él no podrían comprarlo como se sabía que ocurría para que todos siguieran la línea política del periódico. Él no, él nunca estaría en venta; explicaría las noticias tal y como las viera, tal y como se produjeran, y los periódicos se lo disputarían.

—Gabriel: que se te enfría el cola-cao hijo, a ver si llegas tarde. Ah, que me ha dicho tu padre que no tomes el autobús, que él te puede llevar hoy a la Escuela, pero aligera que se hace tarde y se te echa la hora encima.

Le gustaba que, siempre que podía, su padre lo acercara a la Escuela de Periodismo en su traqueteado Mercedes de tercera mano que decía su padre, nunca se averiaba y que si había un trastazo la chapa era la más resistente dura y gruesa del mercado; además de amplio y confortable; sobre todo era

un Mercedes. Con esas palabras acababa siempre la explicación.

Durante el viaje hablaban mucho y de todo, cosa que casi nunca sucedía en la casa porque el padre era poco hablador, tampoco estaba en ella mucho tiempo ya que trabajaba en un banco que solo abría al público, como todos, por la mañana pero tenía que volver por las tardes, a veces durante horas, para poder pagarle a él y a sus hermanos los estudios.

Le gustaban aquellos pequeños viajes durante los cuales él daba cuenta de sus avances en los estudios, también de sus dificultades y de cómo las afrontaba. Quiso muchas veces hablarle de Alma, a la que veía poquísimo desde que ambos empezaron sus respectivas carreras, pero le daba vergüenza contarle a su padre que estaba con una chica cosa que por otra parte era una mentira infantil que él se contaba a sí mismo. Se veían poco, hablaban cada día por teléfono y siempre de lo mismo: sus respectivos estudios, las dificultades, la última película que habían visto y él siempre terminaba la llamada de la misma forma: "A ver si nos vemos Alma, tengo tantas ganas de verte..." y ella respondía también de la misma manera: "Eso mismo digo yo: tenemos que vernos".

Pero las citas eran muy esporádicas, los horarios no coincidían porque ella tenía muchas prácticas de laboratorio y él mucho trabajo atrasado que presentar.

Alma. Su alma era aquella chica que cada vez estaba más completa, más llena de luz. Cada vez más guapa, al menos eso le parecía a Gabriel.

El ambiente de la Escuela de Periodismo le gustaba. La gente de su curso en su mayoría muchachos, era desenfadada, algo escandalosa y bastante hippy; hablaban mucho de la paz pero enlazándola con la guerra que ellos pretendían cubrir pasados los años de estudios. Gabriel deseaba más que estar en el meollo de la guerra, conocer el entorno de la misma, el país antes de la contienda, los cambios ocasionados, la recuperación. También pensaba mucho y en ello basó algunos de sus trabajos mejor puntuados, las pequeñas historias de los habitantes de esos países, independientemente de si eran vencedores o vencidos, tratándolos solamente como personas con la vida truncada, sus pérdidas, la dificultad que debía entrañar volver a la normalidad que nunca más podría ser eso: normal. Uno de aquellos trabajos le valió una espectacular nota que hizo subir la media del curso y le sirvió para acompañar a un profesor a la rueda de prensa de un político.

Estaba más que emocionado, mucho más que nervioso. La sala de prensa olía a todo: a humanidad sudorosa, a loción de afeitado, a bocadillo de chorizo, a zapatillas recalentadas. El profesor lo miraba sonriendo de medio lado:

—¿Qué? ¿A que no te lo esperabas así? ¿Cómo te lo imaginabas chaval?

—Pues… —Gabriel no esperaba la pregunta—. Esperaba que la gente, nuestra gente —y subrayó con énfasis la palabra "nuestra"—, presentaría un aspecto desenfadado, nada de trajes ni corbatas, en eso no me he equivocado, pero también esperaba que se duchasen más a menudo, este sitio apesta a perros muertos.

El profesor se reía.

—Es verdad, mucha verdad esa —era una muletilla que empleaba mucho en clase: "mucha verdad esa"—. Pero tienes que pensar que no sabemos de dónde vienen. —Hizo una pausa que a él le pareció teatral y que lo era— Si de la puerta de una iglesia para fotografiar una boda de famosos, de un incendio, de un estercolero donde ha aparecido un cadáver, o si aún no se han acostado desde que se levantaron ayer al amanecer. ¿Sabes? A eso olemos los periodistas de calle.

Iba a responder Gabriel pero no sabía qué decir, aunque no hizo falta: el político hizo acto de presencia con un indicio de sonrisa que medio enseñaba una dentadura impoluta, un traje azul marino de corte impecable, camisa blanca, corbata negra, como correspondía al luto y cabello semilargo bien peinado y, seguramente, afianzado con laca porque

no se le movió un pelo en la hora larga que duró la entrevista.

Empezó su intervención haciendo un breve pero denso resumen del tema que lo traía ante los medios de comunicación: el derrumbamiento de un bloque de cinco pisos de protección oficial.

La causa era aún desconocida. Señalaba que lo más probable era que el terrible derrumbe hubiera sido ocasionado por la explosión de una bombona de butano que incendió e hizo explosionar también otras que había en el piso donde se inició el fuego.

El político explicó largamente y de forma tan enrevesada que él no entendió casi nada, cómo fue posible que aquel bloque de viviendas de protección oficial, costeado por el gobierno y habitado por 210 personas pertenecientes a las 35 familias que vivían en el inmueble, se hubiera venido al suelo sin avisar, arrastrando en su caída la vida de 63 personas, que se supiera hasta ese momento, la mayoría del resto de los vecinos estaban desaparecidos, porque el terrible caos se había producido a las 4:40 de la madrugada, hora en que todos los habitantes estaban en la cama.

Gabriel tomaba apresuradas notas, además de escribir una docena de aceleradas preguntas que se le venían sin cesar a la cabeza. Hubiera querido levantarse y formularlas, pero estaba allí solo para aprender, para conocer “in situ” cómo era una rueda

de prensa. Lo sabía, no obstante se acercó al oído de su profesor que olía a Verdes Praderas, la colonia de hombre de moda, y dijo en tono suplicante:

—Por favor, señor Dieguez, ¿puedo hacer una pregunta, una sola pregunta, esta pregunta? —y le acercaba el bloc a los ojos.

—No. Ni esa, ni ninguna. Tú escucha y aprende, aprende. —respondió a la vez que echaba una ojeada a las preguntas anotadas.

—Pero...

No hubo forma y lo sabía antes de preguntarlo, pero su cabeza y su corazón se revelaban: ¿Cómo era posible que periodistas de casta como Hilario Sánchez Cuesta o Ignacio Duarte se limitaran a preguntar por el desescombro, los heridos y su gravedad, el importe de las indemnizaciones y ayudas que el gobierno iba a conceder a los afectados y que el político estirado ya había detallado ¿cómo era posible?

Y se contestó a sí mismo que era posible porque no se podía ir, de momento, contra el gobierno; no se podían permitir que les cerraran el periódico que alimentaba tantas bocas. Ya vendrían tiempos diferentes, estaban cerca, al alcance de la mano. Él lo sabía pero su joven, alocado e idealista corazón casi no había podido hacer callar a sus labios.

Volvió a la realidad de la rueda de prensa que estaba llegando a su término, para oír lo que luego